

PROVISIONAL

Por SALVADOR PANIKER

Estos signos y estas cosas se convertirán, a veces, en una miscelánea impresionista con tendencia aparente a lo esotérico. A mil dólares por artículo (tarifa U. S. A. para escritores de cierto prestigio) cabe practicar un tipo de literatura; con los precios españoles, la literatura practicable es otra. Tal vez de más calidad, porque aquí la vocación está asegurada. El caso es que en un artículo de diario, según se mire, apenas cabe decir nada. Y, según se mire, cabe exactamente lo que cabe.

Veamos lo que cabe.

El joven filósofo Eugenio Trias, en un libro tan brillante como temerario, "La filosofía y su sombra", sugiere que los sistemas filosóficos de la cultura occidental poseen, siempre, la estructura de un semáforo; su problema común es el de la demarcación entre el Saber y el No-Saber, el buen camino y el mal camino; demarcación que se lleva a cabo a tenor de unos reglamentos que varían a lo largo de la Historia. Así, el nacimiento de la filosofía no significó el tránsito del Mito al Logos, sino el fin de una sabiduría "libre", para dar paso a una sabiduría escindida y controlada. La filosofía, semáforo del saber, vendría a ser una especie de *superestructura* que se construye sobre éste; su función sería decididamente política. Bien; sin entrar hoy en la crítica de tan estimulante visión etnológica de la filosofía, sí recogeré su esquema para una cierta autoclarificación (provisional) del género (digamos) periodístico-intelectual.

¿Cuáles son los semáforos immanentes que regulan la circulación de estos signos y estas cosas?

Ante todo, es preciso considerar el asunto del tamaño: la tortura (para un intelectual) de reducirse al límite de unas pocas holandesas. Lo más duro es decidir aquello que se va a silenciar; hay una opción a tomar en cada esquina del discurso; se tiene que renunciar a la justificación de lo que uno escribe; etcétera. Y, sin embargo,

ocurre (como siempre ocurre) que la limitación es ambivalente. Dicho sea de pasada: el tema del Semáforo-Prohibición-del-Incesto, no supone, únicamente, el *a priori* de la cultura, sino también (y, paradójicamente) la condición de posibilidad de la libertad, por el camino (inicial) de asumir la finitud. El incesto es una prerrogativa de los dioses. Y el asunto de los semáforos remite no sólo a una estructura, sino también a una opción. En el caso de Occidente, a la opción de dominar el mundo. Sin semáforos no se alcanza la Luna. Más aún: hacen falta los semáforos para ir retirando paulatinamente los semáforos. Y en eso consiste la "historia". A menos, claro, que se tome la opción de permanecer en el caos místico original. En fin, no resisto la tentación de añadir que si la filosofía tiene su nombre, también "la filosofía y su sombra" tiene su sombra (la sombra de ponerle la luz roja a toda luz roja), y que estos inacabables círculos viciosos de cualquier filosofía *escrita* son los que, efectivamente, impiden que la filosofía pueda ser jamás revolucionaria.

Pero vengamos a lo que íbamos. Asumir la limitación del periodismo intelectual implica una opción. La opción consiste en sobrepasar las fronteras minoritarias del libro. Al periodismo intelectual le es esencial el hecho de ir dirigido a un público potencial disperso y numero-

so. Le es esencial su posible impacto social inmediato. Se trata, entonces (nuevos semáforos, nuevas opciones), de resolver un problema concreto en función de un reglamento. ¿Qué se puede decir, dentro de los límites de unas pocas holandesas, que sea suficientemente real, suficientemente inédito y suficientemente inteligible? ¿Qué se puede decir sin traicionar el carácter a la vez "intelectual" y "público" de un "mensaje" escrito?

He aquí una primera demarcación. De la misma manera que los filósofos analíticos se proponen investigar si las palabras mantienen un sentido constante a lo largo de un discurso filosófico; de la misma manera que los zoólogos limitan sus exploraciones con su método; así, lo que aquí se entiende por periodismo intelectual supone una investigación sobre la convergencia entre Pensamiento y Difusión Social.

Este es un planteamiento que implica un concepto antimetálico y antiapologético del ensayo. En un artículo de periódico no cabe, por ejemplo, tratar de *demonstrar* que el régimen socialista sea "mejor" que el capitalista, o viceversa. De lo que se trata, ante todo, es de resolver un problema concreto sin disociar los medios de los fines. Se trata de componer una pieza, un objeto de consumo intelectual llamado artículo-para-un-diario. En cuyo caso, si alguna vez se escribe sobre el tema socialismo-capitalismo (y es un ejemplo) tanto más atinado será lo que se diga cuánto mejor se resuelva el problema concreto de construir la pieza. Por supuesto que ello no supone desentenderse del fondo ideológico. Se trata de una cuestión de método: el "mensaje" viene dado, por añadidura, y mediante la participación activa del lector. Porque el problema a resolver no es de forma ni es de fondo; sino, precisamente, de indisociabilidad entre forma y fondo. Se trata de liberar a nuestros escritores de todo residuo absolutista; de concederle un margen al lector.

Se trata de comenzar relativizando (en general) el oficio de escribir. (Oficio, por lo demás, hartamente relativizado ya, pero por razones diferentes a las aquí aludidas). Escribir no es un ejercicio más trascendente que cocinar. El que un acto sea

o no trascendente (es decir, *real*), no depende tanto del acto en sí cuanto de la *libertad* con que dicho acto se ejerza. (He aquí otro largo tema del que convendrá ocuparse en ocasión próxima.)

Sugiero, pues, que el tema del llamado periodismo intelectual es el tema de cómo componer un trabajo suficientemente corto, suficientemente inédito, suficientemente inteligible y suficientemente real. Sugiero que ello es posible partiendo del supuesto (opción-semáforo) provisional de que la era de la apologética terminó; y de que, en el contexto de un mundo antideclamatorio y habituado a respirar en una atmósfera de "soluciones provisionales" el arte de escribir no es más trascendente que el arte de cocinar. Ningún pensador que se encuentre en sus cabales pretende ya que con su obra vaya a cambiar el rumbo de la Historia. Y, sin embargo, con la muerte de un trascendentalismo ingenuo, nace, paradójicamente, una nueva praxis intelectual, un camino nuevo para no perder contacto con lo real, para no renunciar a la significación ni a la repercusión en lo concreto. En la modestia y en el relativismo del nuevo enfoque, surge, como un relámpago, la importancia de no disociar el "medium" del "message". Escribir es hoy un acto que no puede disociarse del medio de comunicación que va a transmitir lo escrito. Porque sólo así escribir es una forma de acción.

Yo sospecho que los filósofos no han reflexionado lo bastante sobre el tema de la forma indisociable del fondo. De ahí (salvo las conocidas excepciones) la destacada ausencia de *appeal* de sus escritos. Para decirlo con una paráfrasis: los filósofos se han ocupado de comprender la realidad, pero han descuidado conseguir que alguien les lea. Ello es que tampoco se trata de empeñarse (de mendigar) que alguien nos lea, ni de intentar rebuscadas piruetas estilísticas para lograr un falso *appeal*. Se trata de construir aquello más real que construir se pueda, dentro de una demarcación provisional. Se trata de no disociar el medio y el fin, la forma y el fondo, el *medium* y el *message*, el pensamiento y la acción, lo dicho y lo no-dicho. Etcétera.

PREMIOS

JUAN RUIZ

DE BARRO

Al comienzo del nuevo año, el equipo Juan Ruiz ha decidido destacar a una serie de personas o sucesos españoles, por su especial importancia en la vida pública de nuestro país. Siguiendo el modelo de "La Coaorniz", cuyos Pepes de barro se hicieron justamente famosos, hemos decidido crear los simbólicos Juan Ruiz de barro, atribuidos, por primera vez ahora, después de largas deliberaciones y a propuesta de los especialistas en cada materia que forman parte del grupo. Esperamos que nadie acoja con malhumor estas distinciones y que todos sepan ver, detrás de ellas, el alegre espíritu del arcipreste castellano.

Juan Ruiz de barro a la paz: los "Guerrilleros de Cristo Rey".

Juan Ruiz de barro por la adhesión popular: anuncios en TVE.

Juan Ruiz de barro por la unanimidad: proyecto de ley Sindical.

Juan Ruiz de barro a la mejor obra de misterio: "affaire" Matesa.

Juan Ruiz de barro a la mejor obra de ciencia-ficción: proyecto de ley de Asociaciones.

Juan Ruiz de barro al personaje que todos denuncian sin darse nadie por aludido: los ejecutivos.

Juan Ruiz de barro a un hecho glorioso nacional: la victoria en fútbol sobre Finlandia.

Juan Ruiz de barro a la moda: la camisa blanca.

Juan Ruiz de barro al mejor autor teatral español contemporáneo: Molière.

Juan Ruiz de barro a la institución resucitada: dimisión.

Juan Ruiz de barro a las novedades urbanísticas: Universidad en Aravaca.

Juan Ruiz de barro a la mejor exportación española: cerebros.

Juan Ruiz de barro a la mejor panacea española. Libro Blanco.

Juan Ruiz de barro a la película española que ha suscitado discusiones de más alto nivel: "Las leandras".

Juan Ruiz de barro a la revista que más hace por la convivencia pacífica de los españoles: "Fuerza Nueva".

Juan Ruiz de barro a la información más amplia: negociaciones de España con el Mercado Común.

Juan Ruiz de barro al desencanto progresista: Sender, premio Planeta.

Juan Ruiz de barro al programa de TVE. que mejor ha promovido la cultura patria: "Los hombres saben..."

EL NOMBRE DE DIOS EN VANO

Muchas veces resulta más cómodo no leer los periódicos. Muchas veces pasamos la vista por encima para no leer lo que podría intranquilizarnos. Con gran frecuencia reducimos las noticias inquietantes a su pura fachada pintoresca, gastamos una broma y seguimos consumiendo nuestra ración diaria de telefilmes. Entiéndase bien que no estoy hablando de las informaciones sobre el Vietnam o Biafra, sino de algo mucho más cercano.

Hemos venido leyendo en los periódicos una serie de actividades de un grupo que se autotitula "Guerrilleros de Cristo Rey". Algunas de ellas caen dentro de una esfera peligrosa. Pero hoy queremos destacar que unas personas no identificadas han irrumpido por la fuerza en un templo madrileño, han sacado por la fuerza a los que allí estaban pacíficamente y han causado desperfectos en muebles e instalaciones. Y todo esto al grito de "¡Viva Cristo Rey!" Y todo esto en 1969, en pleno pluralismo religioso, después del Concilio Vaticano II. Dan ganas de decir, simplemente, con fatalismo: "¡Qué país!"

Pero no basta con eso. No se trata de un hecho puramente aislado, sino de algo que armoniza bien con maneras de hablar y actuar que han reaparecido (mejor: que nunca han dejado de aparecer) en nuestra patria. Parece que, a pesar de tantos cambios (externos y de mentalidad), hay sectores de nuestro catolicismo que no logran superar la etapa belicosa y contrarreformista. Parece que hay quien sigue concibiendo la religiosidad como garrotazos (por no decir otra cosa), en la cabeza del que no opina como nosotros. A veces, parece, en resumen, que no tenemos solución.

No cabe minimizar el hecho: no se debe tomar el nombre de Dios en vano y, si se hace, sólo se conseguirá empujar a la juventud española para que se aparte más de Dios. Además, el odio engendra odio y la violencia engendra violencia. Sin ser retóricos ni agoreros, debemos declarar, sencilla, pero tajantemente, que, por ese camino, nadie sabe dónde podemos llegar a parar.

"JUAN RUIZ"

